

PASTORAL

ECONOMIA Y SACERDOCIO

En las cooperativas d

Cuando se alude a la posible aportación del sacerdote en el campo de la vida económico-social, al menos en España, no es difícil que el pensamiento se dirija al tema del cooperativismo, de raigambre en varias zonas de nuestra geografía. (Vid., p. ej., PALABRA núm. 45, mayo 1969, págs. 34 y s.)

No se trata, desde luego, de circunscribir a este tipo de realizaciones la concreción de los principios sociales cristianos. La Iglesia no se vincula a fórmulas técnicas particulares. Sin embargo, es frecuente que algunas de esas obras cooperativistas se asocien mentalmente al nombre de uno o varios sacerdotes; y pueden constituir un caso real de aquella aportación del cura a la esfera económico-social.

En este contexto, una de las realizaciones cooperativistas más conocidas de nuestro país es el complejo —económico, de empresas cooperativas asociadas, obras asistenciales, de previsión, educativas, deportivas, etc.— que tiene su centro de gravedad en la población guipuzcoana de Mondragón. La Prensa española ha hablado en sus titulares de «**Milagro cooperativo: Mondragón**», «**Socialización en marcha. La experiencia de Mondragón**», etc. Se refiere con ello a ese movimiento que tuvo su primer impulso en la empresa cooperativa ULGOR, cuyo equipo protagonista inicial estuvo formado por cinco alumnos de la entonces llamada Escuela Profesional de Mondragón, animada por su Consiliario, el sacerdote don José María Arizmendi-Arrieta.

Se ha dicho y escrito que don José María fue, y es, alma de esta realidad cooperativa. La importancia del movimiento, su espectacular despegue y consolidación suscitan una lógica atención hacia la figura de este sacerdote: interpretando ese razonable interés de nuestros lectores, hemos querido saber cómo es el hombre y sacerdote (imposibles de disociar) y, sobre todo, cuál su papel en esa vasta iniciativa.

El reportaje no busca exponer el alcance, funcionamiento, logros, etcétera, de todo ese conjunto de actividades vinculadas hoy a la **Caja Laboral Popular**, ni mucho menos se pretende formular una valoración de dichas realizaciones. El núcleo del interés se centra en conocer el lugar ocupado por el sacerdote y cuál es su actuación en el complejo cooperativo: contemplado desde la perspectiva de su ministerio.

La persona del sacerdote-coadjutor don José María Arizmendi-Arrieta, dentro de la iniciativa que surgió desde Mondragón, ofrece un interesantísimo acceso al tema de la aportación sacerdotal en el mundo de la economía y sociología. Tal vez se pueda adelantar que, tras la visita, conversaciones y lectura de material de documentación, la conclusión —francamente ilustrativa— es que ni a don José María le gusta recabar para sí el título de «alma» ni el pujante complejo muestra por ninguna parte atisbos, regustos o etiquetas clericales o eclesásticas.

D. JOSE M.^a ARIZMENDI-ARRIETA: ¿"Alma" del complejo?

En un despacho de la Escuela profesional Politécnica—el despacho del consiliario— nos recibe don José María Arizmendi-Arrieta.

Para algunas personas que no le han tratado es el sacerdote que puso en marcha y dirige las cooperativas de Mondragón.

Charlando con él se advierte esa modestia, característica de las personas importantes. En este caso—en cuanto a lo de ser protagonista—nos va a descubrir cuál ha sido su verdadera función.

Sacerdote de una manera plena, nunca mezcló su condición: si no hubiera sido

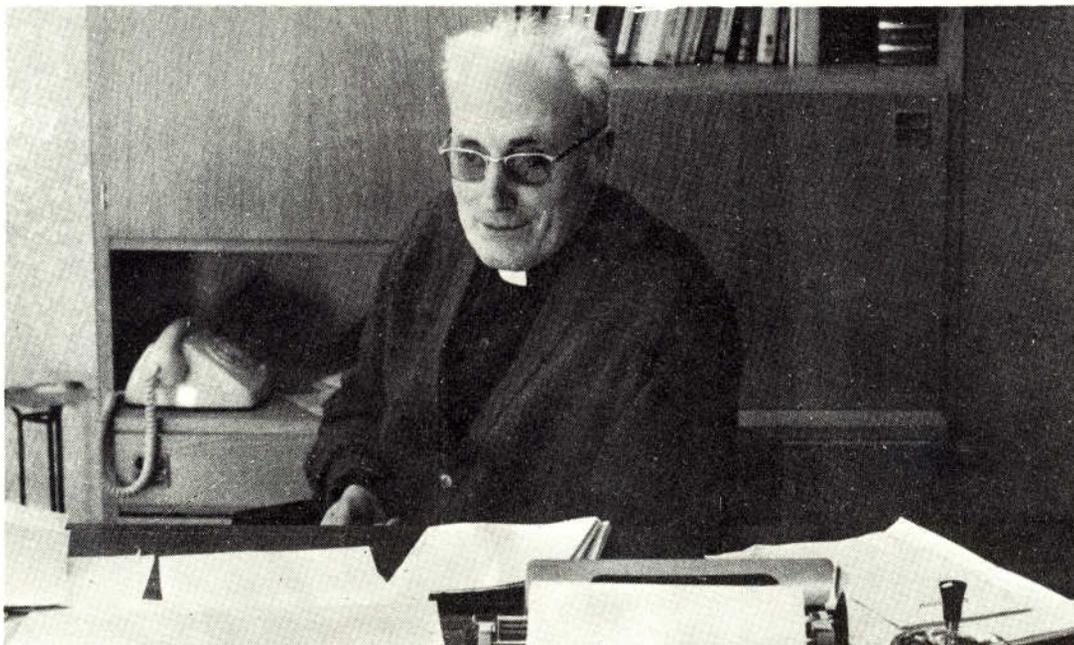
sacerdote y hubiera caído en Mondragón—es vizcaíno—, hubiera hecho lo mismo. Nunca ha querido ni ha pretendido capitanear; nunca puso en marcha el movimiento cooperativo de Mondragón ni—por consiguiente— se ha retirado nunca.

"NO SOY PROMOTOR..."

Volviendo hacia atrás—hace cincuenta y cinco años nació en Marquina—, a raíz de su ordenación sacerdotal vino a Mondragón, hace treinta años. Nos dirá que nunca le ha tentado ningún cargo, tampoco "socio-eclesástico": coadjutor de una parroquia desde hace treinta años, sigue siéndolo actualmente. La primera pregunta es obligatoria.

—Existe la impresión de que usted es el promotor inicial de este fenómeno cooperativo en Mondragón. ¿Cómo surgió la idea? ¿Contribuyó a ella un móvil apostólico?

—He sido siempre un hombre inmerso en la comunidad, sensible a sus inquietudes y problemas, en permanente relación y comunicación con todos sus miembros; por lo que se refiere a Mondragón, vivo en estas condiciones desde enero de 1941, en que llegué para dedicar mi trabajo fundamental-



e Mondragón

mente a la formación de los jóvenes. La preocupación por sus problemas supuso la necesidad de extender mi atención a padres y adultos, tratando de que fueran siempre los propios interesados los promotores y protagonistas de sus propios asuntos. Por eso he de decirle que no soy propiamente promotor, sino testigo, claro que testigo activo: he sido uno más entre cuantos—hasta donde alcanza la comunicación y llega de hecho, con la misma, el proceso de vivencias comunes—hemos estado cerca...

Cuando se empieza a hablar de estas cuestiones, que tanto traen y llevan hoy sacerdotes y seglares "expertos en el tema", la primera impresión que producen sus palabras es de desconcierto.

Ante las preguntas concretas—y hasta impertinentes—del interlocutor, sonrío y tarda en reaccionar. Habla de "comunicación", "de actuar en solidario", "de reanudación", y el interlocutor empieza a quedar defraudado. Sólo después, cuando la conversación se prolonga y desaparece el ambiente de "registradores y notarios", que tan artificial le parece para recoger hechos o experiencias humanas, se comprenden estas dificultades para concretar en pocas frases una experiencia tan rica de matices como la vida misma:

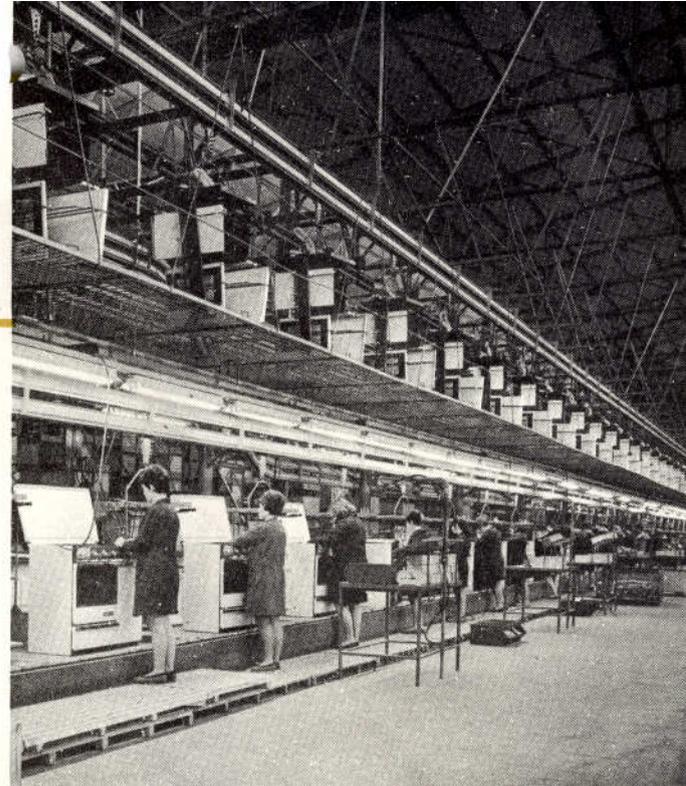
—... El fenómeno cooperativo ha sido un proceso de experiencia, de realizaciones totalmente protagonizadas y llevadas a cabo bajo todos los aspectos por la multitud de jóvenes, que han tratado de que el trabajo y la unión acreditaran las posibilidades que tiene el pueblo: esas posibilidades que tienen las comunidades cuando se comprometen para promocionarse solidariamente mediante una gestión democrática.

Si usted lo desea, cualquiera en Mondragón le podrá brindar hoy nombres—por decenas y hasta centenares—de quienes efectivamente son promotores de este fenómeno cooperativo, que más allá de nuestra comarca va teniendo aceptación y realizaciones buenas. Quienes en un tiempo nutrieron las listas de Jóvenes de Acción Católica, de JOC, de HOAC, etcétera, así como modestos enlaces y jurados de las empresas de esta comarca, son quienes—un tanto defraudados de la viabilidad de reformas en la empresa capitalista—se dieron cita para promover un nuevo tipo de empresa: la Empresa Comunitaria, Socializada o Cooperativa, como quiera calificarla a la vista de su constitución y desarrollo real.

Según parece, don José María supo comunicar a muchos de sus feligreses las ideas que, aun hoy, siguen informando a los pro-

motores del movimiento cooperativo y a los miles de personas que se han ido incorporando.

Como a cualquiera de su edad y de su tiempo, la guerra civil le situó en tareas o en funciones dispares y hasta contradictorias. Encuadrado primero en los "gudaris"—por lo que compareció ante un Consejo de guerra—, le destinaron después al



El Ejército Nacional como artillero, aunque en tareas burocráticas. Es un tiempo que aprovechó para el estudio, y es también lo que

LA EXPERIENCIA COOPERATIVA EN MONDRAGON

La comarca de Mondragón—límite de Guipúzcoa, Vizcaya y Alava—es una zona de abolengo industrial con difíciles condiciones naturales para el desarrollo industrial, por la estrecha y accidentada cuenca del río Deva.

Según Elósegui—secretario general de la Sociedad de Ciencias Naturales «Aranzadi»—, «sus naturales son nietos y sucesores de aquellos lejanos pobladores prehistóricos que habitaron las cavernas de Lezetxiki».

Mondragón—en frase de Pío Baroja—es «una villa industrial dominada por la peña de Amboto, que en lo antiguo se llamó Arrasate. Famosa hoy día por su próspera industria metalúrgica, tiene antigua parroquia y algunos caserones blasonados, en uno de los cuales vino al mundo el historiador Garibay».

Hasta hace algunos años, con excepción de alguna industria grande—la Unión Cerrajera de Mondragón—, las empresas eran modestas, atomizadas y de carácter familiar. En poco más de quince años la empresa artesana—industrial, agrícola—presenta perspectivas nuevas.

INICIATIVA

La posguerra civil constituyó un período singular para la sensibilidad humana; y el inconformismo social de los hombres de esta comarca se orientó en busca de nuevos horizontes de promoción por el trabajo.

Las actuales empresas cooperativas de la región materializan la iniciativa de un amplio sector de trabajadores y técnicos jóvenes que buscando transformaciones de alcance social y económico se lanzaron a una experiencia cooperativa, intentando configurar un nuevo tipo de ciudadano en una comunidad de trabajo.

Cinco de estos hombres, salidos de la Escuela Profesional de Mondragón, y unidos por el vínculo de la amistad y un ideal de servicio a la sociedad, intentaron la formación de una empresa que plasmara aquellos objetivos. «Como único capital, el trabajo y sus modestas aportaciones de ahorro; como meta, un gran complejo industrial.» Como sede primera, Vitoria, en un pequeño taller; luego pasarían a establecerse a Mondragón.

La primera cooperativa industrial aparece a la vida pública en 1956. Ulgor—anagrama de los apellidos de estos hombres, Usatorre, Larrañaga, Gorroñoigoitia, Ormaechea y Ortubay—, utilizando su propia expresión, «trataba de responder a los requisitos de una solidaridad humana y cristiana».

DESARROLLO

Esta empresa matriz ha sido punto de origen para un complejo de empresas cooperativas, afines o complementarias, que se asocian alrededor del núcleo que es la Caja Laboral Popular y se extienden por todas las provincias vascongadas. Sus hombres—cualquiera que sea su calificación personal dentro del complejo cooperativo—se consideran empresarios, ya que comparten los resultados de la empresa: están plenamente implicados con su trabajo, sus excedentes económicos, su ahorro y su actividad personal en solidario.

El cuadro actual de esta experiencia cooperativa sería el siguiente:

● UNA COOPERATIVA DE CREDITO:

Caja Laboral Popular

- Consta de tres secciones: Económica
Empresarial
Social
- 41 oficinas por el País Vasco.

● INSTITUCIONES ASISTENCIALES Y EDUCATIVAS:

- Mutua de provisión «Lagun-Aro».
- Escuela Profesional Politécnica, actualmente con unos 1.500 alumnos de:
 - Oficialía industrial
 - Maestría industrial
 - Ingeniería técnica
 - Enseñanzas especiales
- Asociación Leniz Mancomunidad Escolar.
- ALECOOP: Actividad Laboral Escolar Cooperativa.
- Auzo-Lagun: Auxiliar Asistencial Comunitaria de Mujeres.
- Juventud Deportiva de Mondragón.
- Liga de Asistencia y Educación.
- Centro Asistencial.
- Liga de Educación y Cultura.
- Colegio Menor Viteri.

● 49 COOPERATIVAS ASOCIADAS A LA CAJA:

- Industriales: 39 (Ulgor, Funcor, Arrasate, Urssa...)
- De consumo: 5 (La Marquinesa, Andramari...)
- Agrícolas: 4 (M. I. B. A., Lana, S. Isidor L., C. A. V. A.)
- Pesqueras: 1 (Ur-Gaiñ en Ondárroa.)

le permite al finalizar la guerra ordenarse con una escolaridad mínima.

—¿Cuál fue su papel concreto en aquel momento?

—Yo en 1941 pertenecía a una generación de jóvenes que, precedentemente, habían sido testigos—también activos—de otras experiencias y vivencias (que me vinieron bien para madurarme en el propio “yunque de la vida”, que diría algún amigo mío). Había aprendido a “pensar en alta voz”, estimando esta socialización personal como aportación valiosa para el des-

arrollo de unas relaciones y convivencia no exentas de riesgo, pero prometedoras de perspectivas buenas, en el seno de comunidades en evolución y progreso...

Para este sacerdote del País Vasco el espíritu cooperativo—sobre el que tanto se puede teorizar—es una realidad espontánea y natural en esta tierra, con la que él ya se encontró al llegar. Otra cosa es que el medio o el ambiente de la época permitieron su desarrollo. Para él es tan cooperativa una comunidad de vecinos para arreglar los caminos de un pueblo con presta-

ciones personales como la sindicación para defender los intereses de todos. Cooperación que se da con mucha más facilidad en los trabajadores con pocos medios en ámbitos rurales; para ellos la solidaridad no es el resultado de un razonamiento, sino la expresión espontánea y natural de interdependencia con sus vecinos e iguales.

Tampoco para una personalidad como la suya resultaba difícil emprender esto. Después de todo es un hombre de la tierra y que nunca estuvo apartado de los problemas de sus paisanos.

OPINIONES DE PASADA

Hemos querido preguntar por el papel de don José María a personas diversamente vinculadas a la empresa: a uno de los promotores, un ejecutivo de reciente incorporación y algún trabajador manual. (Tal vez sea interesante señalar que, según el Reglamento de las Cooperativas Industriales de la Caja Laboral Popular, las retribuciones de todo el mundo se establecen con arreglo a un coeficiente que sólo oscila entre 1 y 3, desde los auxiliares hasta los altos ejecutivos.)



DON JESUS LARRAÑAGA: La «L» de ULGOR.

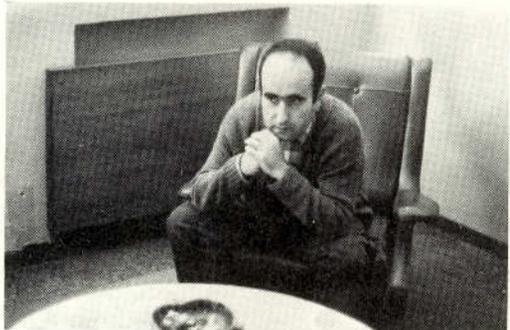
Es el actual gerente de la empresa.

—Usted es uno de los cinco promotores del complejo cooperativo. Díganos algo de don José María, en pocas palabras.

—Don José María piensa siempre en los demás; acoge a todos. Aunque no comparta los puntos de vista de una persona, resulta siempre aquello que hay de positivo en el otro. Suele decir que al hombre hay que amarle por sus defectos, no por sus virtudes: lo primero es amor; lo segundo, egoísmo.

—Algo que, por influencia de don José María, haya condicionado de alguna manera su conducta como gerente.

—Una norma práctica: pensar en voz alta, actuar en solitario y progresar.



EL JEFE DE PERSONAL DE ULARCO

Es don Angel Echevarría, en cierto modo, uno de los más modernos en el complejo cooperativo.

—Por aquí hemos encontrado gran admiración hacia don José María. ¿Piensa usted que es un mito?

—No; no es ningún mito. Sencillamente, se le reconoce.

—¿Y en cuanto a su papel?

—Para comprender a don José María hace falta una mirada profunda: lo trascendente está muy al final...; lo que no quiere decir que para él, interior y personalmente, no esté en primer plano.



«¿Y QUIEN ES DON JOSE MARIA?»

Tal vez uno de los testimonios más gráficos sea el de este joven oficial, que es don José Javier Echevarría.

—¿Qué opinión le merece don José María Arizmendi?

—... ¿Y quién es ese señor?

El cura no mangonea; las empresas no son clericales, hasta el punto de que don Ignacio Balzategui—uno de la primera hora: el que aparece en la foto con los autores del reportaje—no acaba de comprender bien el interés del periodista por saber si uno de los operarios de URSSA (nueva esmaltería de Ulgor) conoce a don José María:

—¿A qué viene eso?

Simón, en cambio, el conserje de la Escuela Profesional Politécnica y un hombre responsable que sabe de las veleidades de la fortuna en la vida, sí conoce a don José María. Lo conoce de la Escuela y de la parroquia. Nos explican:

—Es que se levanta temprano, para oír misa de seis y media...

Simón lleva poco tiempo aquí, pero su identificación es completa: todo esto es, de veras, cosa suya.

—... Los empeños de “socialización” se hacen apetecibles y compartidos en la medida que se “humanizan”; se “humanizan” y se comparten en cuanto se impregnan de una bondad que no se encoje ante defectos ajenos; antes bien, se anima: con esa bondad sabemos entendernos mejor, ayudarnos más, solidarizarnos más entrañablemente. Pero en cuanto honesta y seriamente se interesa uno por combatir los males que padecemos, o padecen nuestros semejantes, ¿quién no descubre cómo cierto tipo de “bondad” es totalmente impotente e ineficaz para remediarlos? Cuando se aspira a que la bondad no quede condenada en definitiva a cierta esterilidad, la experiencia real del “dale a pescar y comerá un día; enséñale a pescar y comerá toda la vida conduce por sí misma a la necesidad de interesarse por las “estructuras”.

LA TAREA DEL SACERDOTE

—Para llevar adelante su iniciativa, en lo que tiene de humano ¿le ha ayudado su condición de sacerdote? ¿Se ha podido dar la circunstancia de que alguien se acercara a usted haciendo aparentes demostraciones de catolicismo para de ese modo obtener ventajas humanas?

—Como le he apuntado, he sido uno más —así, simplemente, uno más en la comunidad, en la masa— que lo único que podía dar era eso: lo que podía dar de sí el “pensar en alta voz”, y nada más, bajo ningún aspecto de poder ni influencia: no he tenido ninguno más que ser “consiliario”, ni antes ni ahora, por lo que a nadie le ha tenido cuenta buscarme, ni solicitarme, para nada más. Creo que eso lo sabe bien todo el mundo y especialmente los que han estado, por lo que fuera, más cerca de mí. Como usted puede ver, siempre ha sido cómoda mi posición para eso de “pensar”: sin alcances magnéticos de ningún orden ni, sobre todo, de orden económico.

Viendo la obra realizada cualquiera podría imaginar que fue a costa de su labor sacerdotal. Hoy, como siempre, el confesionario, la predicación, la atención a la parroquia le ocupan muchas horas de tiempo: “He tenido temporadas de nueve horas de confesionario; ahora menos”, nos dice. Por eso surge la cuestión:

—¿Cuál es su papel y qué contenido tiene dicho cometido? Por ejemplo, ¿asiste usted a las reuniones de dirección, promoción y desarrollo?

—En toda mi vida no he ejercido ningún cargo directivo en nada. En cuanto a la Iglesia, he sido y soy coadjutor de la parroquia; como tal, he tenido que hacer de todo lo que en una pastoral es corriente —predicación, asistencia de enfermos, etcétera—, si bien he tenido, y tengo, buenos compañeros; por ello, cuando he debido intensificar la labor formativa en ámbitos educativos y en campos en los que cada vez he tenido más que hacer, han sido benévolos en disculparme de otras cosas. En la Escuela Profesional, que ha sido prácticamente mi hogar en estos casi treinta años, he sido y sigo siendo “consiliario”. En cuanto a otros centros, no fue extraña mi

presencia en las empresas que había antes, en sus naves o lugares de relación; y en las nuevas que se han creado no ha cambiado mi actitud, ni mis sistemas de relación, con el personal de todos los niveles, en cuanto haya podido ser útil para los mismos o me hayan otorgado opciones de estar entre los mismos. Soy tan incorregible en eso de “pensar en alta voz” como en lo de no tomar nunca una decisión por mi parte; suelen decir que “no concreto” las cosas, y realmente eso de “concretar”, tal como suele hacerse, es algo que me supera. Para colmo, pienso que si cayera en la tentación de “concretar” sería entonces cuando haría un mal servicio a cualquiera. ¿Verdad que se puede ser útil sin ello?

—De acuerdo...

—Aún no le he respondido exactamente a su pregunta de si asisto a reuniones de dirección; pero supongo que habrá quedado resuelta su curiosidad al decirle que confío en la virtualidad de una comunicación siempre abierta, en la fuerza del estado de conciencia de quienes le dejan el camino expedito para explicarse. Para estar al corriente de las realidades no es preciso compartirlas formalmente, y, desde luego, sin forzosa asistencia a centros de decisión se puede aportar a cuantos acceden a los mismos lo que les pueda resultar provechoso. Con esto no le quiero decir que estoy enterado de las cosas, no, ni necesito enterarme de muchas; hasta resulta desventajoso para pensar serena o correctamente. De ahí que, interesado siempre por “poder pensar objetiva y maduramente”, suelo optar por emplear el tiempo disponible más en estudiar y reflexionar que en seguir los procesos de cerca.

El estudio es una actividad que le acompañó siempre: “Leía mucho”, nos dice, refiriéndose a sus primeros años de sacerdote. Pero al exponer su acción evita hacer gala de conocimientos sociológicos, técnico-económicos. Los que le conocen más de cerca dicen que es persona muy impuesta en macroeconomía.

PROMOCION DEL HOMBRE

—¿Qué medios garantizan la conservación del espíritu inicial?

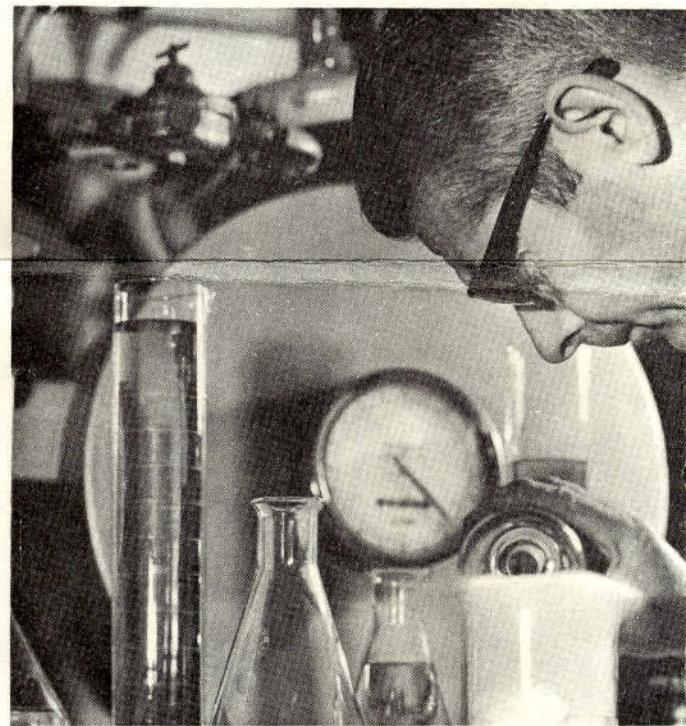
—Yo creo en los hombres, en su sensatez, en su virtud; temo en cuanto se les provoca sistemáticamente, y una de las provocaciones constituye el mantenimiento o la adopción de determinados sistemas de relación y de convivencia. Tengo confianza en que, en cuanto el sistema adoptado sea coherente con las exigencias y aspiraciones más universales y comunes de los hombres, el sistema tiene una eficiencia, una efectividad más allá de la que pudiera tener la presencia y la acción de hombres volantes, o al menos un tanto circunstanciales. Creo más en el sistema que en la providencia circunstancial.

Abierto a todas las personas de todas las ideas. “¿Quiere usted a la gente?” “¡Pues claro!” nos impone su criterio: “A mí me gusta pensar con gente alrededor.”

—La indudable promoción humana del movimiento cooperativo, ¿ha tenido un refle-

jo positivo, que haya podido usted observar, en su labor ministerial como sacerdote?

—Como es obvio—supuesto el método que utilizo y el trabajo que he considerado parecía el más idóneo para mí, o el más apropiado para donde estoy—, pienso que a las cooperativas va la gente a trabajar, a resolver mediante una actividad más racional y acertadamente aplicada la solución de sus problemas económicos. Trata, en la prestación del trabajo, de reducir la forzosa servidumbre al mínimo compatible con otras exigencias humanas más o menos ineludibles. De esta forma logra la gente mayor tiempo disponible, mejores recursos para poder optar a otras actividades o aficiones, en ese marco del resto de tiempo. Hoy va siendo cada vez mayor el número de quienes disponen de horas libres y tratan de ejercer otras opciones al margen de los centros de trabajo; naturalmente, en estas otras esferas o áreas es donde son viables mayores contactos o relaciones más intensas. Bajo este aspecto, nuestra comarca va



ofreciendo un panorama nuevo; sobre todo va acusándose en su desarrollo una nueva conciencia activa, que tiende a promocionar amplias opciones de toda índole: una nueva toma de conciencia de lo que representa, para los jóvenes y los hombres, la iniciación en diversos dominios culturales o sociales.

SIN IMPLICACIONES RELIGIOSAS

—En el trabajo en fábrica suelen producirse a veces resentimientos personales, justificados o no; ignoro si esto sucede en las Cooperativas. ¿Ha encontrado dificultades en la atención ministerial a personas que pudieran estar resentidas por motivos laborales?

—Ni siquiera se me había ocurrido pensar en que los roces de las cooperativas pudieran tener alguna repercusión en cuanto a mi persona o mi ministerio; lo mismo cabría preguntarse eso a propósito de los accidentes de tráfico, o de las riñas de cafeterías o tascas.



Charlando con don José María.

—La acumulación de los medios de producción necesarios cuando las empresas crecen es uno de los puntos que preocupan a la doctrina social de la Iglesia. El cooperativismo es una fórmula de solución entre otras, e incluso no faltan personas que consideran ya pasado el sistema. ¿Cómo ve usted el cooperativismo dentro de esta problemática?

El cooperativismo, tal como lo hemos entendido aquí, es una socialización de la inversión y, consiguientemente, del desarrollo. Este desarrollo debe humanizarse y, de hecho, se humanizará en la medida en que, para realizarlo, nadie necesite hacer actos heroicos; es decir, en la medida que sus servidumbres, sus exigencias, sean también compartidas en escala social hasta el nivel requerido para que haya una equidad entre cuantos, al fin y al cabo, se aprovechan del desarrollo. Aquí ya entramos en un tema complejo: el cooperativismo, en el contexto socio-económico-jurídico capitalista, tiene unas dificultades que no se pueden dejar de reconocer. Es una, al menos, de las razones para que las disposiciones de regulación cooperativa deban hoy concebir el cooperativismo como algo más que un simple y discreto reformismo de la empresa. Es un nuevo tipo de empresa, cuya promoción y desarrollo debe ser tratado, por una Administración pública que quiera respetar su entidad y posibilidades, con amplia visión y perspectiva. Ello no significa nada más que tratar de que las opciones y prerrogativas reconocidas al trabajo en las fórmulas constitucionales, lo estén en el plano de sus aplicaciones prácticas...

El, como la Iglesia, no tiene "ideas sociales"; lo que tiene es preocupación porque los hombres desplieguen todas sus potencialidades humanas. Por eso los protagonistas promotores de esta experiencia cooperativa, que son cristianos —y se manifiestan como tales—, no intentan hacer un cooperativismo confesional. El adjetivo cristiano es algo que no conviene usar en vano, y en él se siente invitado con propiedad a participar cualquiera que estime los valores humanos.

—... En cuanto a la doctrina social de la Iglesia, habría mucha materia que comentar, si con esa expresión queremos referirnos a algo que deseamos que sea válido, en el nivel actual del desarrollo de la conciencia social.

PASTORAL

PROLETARIZACION Y SACERDOCIO

—Las grandes concentraciones industriales suelen ser ambiente apto para un fenómeno poco cristiano: la proletarización que deshumaniza. ¿Se da este fenómeno en las cooperativas?

—La proletarización no es consecuencia de la simple dimensión de la empresa; tampoco concibo como desproletarización el simple hecho de la promoción económica. La humanización entraña el juego de otros valores, y no hemos de pensar que deben ejercitarse sólo en el área de la empresa, en un ámbito puramente económico. Aquí, si es caso, habría que averiguar qué fórmulas o medios de realización de sí mismo o de participación efectiva, ofrece la empresa en cuanto adquiere determinada dimensión. Lo que cuenta es que los cooperativistas sean algo más que cooperativistas; es decir, que se hallen inmersos en otros problemas y que tengan otras responsabilidades además de las laborales o económicas; que tengan corazón y alma en permanente vibración.

Sacerdote secular, ama su sacerdocio: "Siempre he sido sacerdote secular, por eso ahora no tengo necesidad de secularizarme", indica, divertidamente.

En la parroquia a primera hora de la mañana para decir la Misa, don José María dedica allí la tarde del sábado a atender a la juventud. También, actualmente, su labor sacerdotal se centra en la juventud de la Escuela Profesional Politécnica, de la que hace años —del edificio viejo— salieron los promotores del complejo cooperativo.

—Y dentro de las mismas cooperativas, ¿en qué medida encuentra un cauce para su trabajo pastoral de sacerdote?

—En ese sentido he concebido la labor ministerial como algo que tiene que dar de

sí eso: que los hombres nos realicemos más plenamente, y la plenitud humana, ¿qué es sino una proyección que no se dimensiona a lo que se posee? Cuando se ven nombres abiertos, cuyo espíritu trasciende, ponerse a medir su proyección y a clasificar ese espíritu resulta muy difícil y, desde luego, poco práctico.

Y, más o menos, así piensa, así actúa y así es este sacerdote de quien se ha hablado como del "alma" del complejo cooperativo que tiene su centro de gravedad en Mondragón, a las orillas del río Deva: un hombre con soltura, con la mirada penetrante de quien tiene vida interior, que ha sufrido y se ha enriquecido en madurez.

Varias personas que le tratan habitualmente señalan como característica más acusada suya la sencillez (una sencillez y humildad que no es simpleza). Nos dice: "No sé quién ha aprendido o enseñado más; en lo que a mí respecta, mitad y mitad."

No ha firmado nunca un recibo, y para explicarnos qué es ULGOR —la primitiva empresa cooperativa— tiene que pedir la ayuda de un folleto. Cree en la Providencia, y cuenta una anécdota: "Cuando hace años me dio una embolia, estaba de paso en una ciudad en la que vive el mejor especialista de corazón..."

Tal vez ayuden a comprender su trabajo las primeras líneas de una carta que, pocos días después de la visita, escribía a uno de los autores de este reportaje. Habíamos quedado en que nos enviaría cierto material. Comenzaba así: "Mi querido amigo: Me he encontrado con dificultades para cumplir con lo prometido, dado que hoy, sábado, toda la mañana la he empleado en confesiones y otras atenciones parroquiales..."

J. A. P. y L. B.

(Fotos J. L. Bazoco.)

Alumnos de la Escuela Politécnica juegan en las instalaciones deportivas.

